



Si á esos socios fijo miras
los tendrás pronto tañados:

son turistas agregados
á la juerga de Algeciras.

EL DUO

—¡Bitini, Bitini... Bitini!...
 —Señor marqués, aquí estoy. ¿Qué desea?
 —¿Será muy tard.? (El marqués, al hacer esta pregunta, se incorpora sobre el mullido lecho y se despereza tan plebeyamente como pudiera hacerlo cualquier municipal.)
 —Las diez y minutos, señor marqués. Es temprano todavía
 (El marqués guarda un momento de silencio con la vista fija en el edredón color lila subido que cubre su cama. Discurre una frase de ingenio. Bitini lo adivina y se prepara á reír.) Por fin, el marqués despliega los labios y exclama:
 —¡Temprano las diez! ¡Caramba, cómo se conoce que has sido redactor de *La Epoca!*
 —No acierto..

Actualidad artística



TERESA MARIANI

—Sí, hombre, sí, caramba. *La Epoca* es conservadora y Dato fué el que aumentó las horas del día, seguramente para que no se le hiciera nunca tarde... Caramba. ¡Ji! ¡ji! ¡ji! (El marqués ríe con su risa peculiar de sonoridad idéntica al cacareo de un gallo joven.)

Bitini se ríe también á carcajadas.

Bitini. ¡Qué ocurrencias tiene usted, qué ocurrencias! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Marqués.—¿Verdad que el chiste no está mal? ¡Ji! ¡ji! ¡ji!

Bitini. Es admirable. (Saca una libreta del bolsillo y hace algunos apuntes.)

Marqués (fijándose en la acción de Bitini). Haces bien en apuntarlo. ¿Se lo enseñarás al padre Camps?

Bitini.—Sí, señor, ¡y poco que nos reímos durante las veladas con los chistes de usted!..

Marqués.—Debes tener ya una colección. ¡Ji, ji, ji!

Bitini. Unos quinientos...

Marqués.—Se te han pasado muchos....

Bitini.—Verdaderamente tiene el señor marqués una vis cómica envidiable.

Marqués.—Sí, la tengo. ¡Si supieras cuánta gente me lo dice! A veces he pensado que de haber nacido pobre, acaso habría ganado dinero dedicándome al teatro..

Bitini.—¡Quién lo duda! ¡Cuántos hay que sin tantas condiciones como el señor marqués cosechan aplausos y dinero!

Marqués.—¡Ya lo creo! Gascon me dice á veces que tengo gran semejanza con... ¿con quién dirías?

Bitini. ¡Con Alfonso, el del teatro Nuevo!

Marqués.—¡Cómo Alfonso! Bitini, tú eres tonto. Acabaré por creer que estás neurasténico, como dice el padre Camps ¡Compararme con un actorcillo! ¡Caramba!

Bitini (disgustado porque comprende que acaba de meter la pata).—Perdone, pero estoy algo nervioso hoy....

Marqués. ¡Nervioso! Tonto completamente. ¡Caramba! Gascon me compara con los Quinteros. ¡Caramba!

Bitini.—No me parece la comparación exacta del todo. Más bien el estilo del señor marqués se parece al de don Ramon..

Marqués.—¿Don Ramon Peris? Pero ¿Peris el concejal es autor cómico?

Bitini (con énfasis).—Me refiero á don Ramon de la Cruz, el sañetero ilustre á quien Goya llamó el príncipe de los ingenios.

Marqués (mirando con cierta admiración á su secretario).—Lo bueno que tú tienes es que has leído mucho.

Bitini.—Así encanecí tan pronto, señor.

Marqués.—No pensemos en cosas tristes, ¡caramba! La verdad es que no se debe abusar de la lectura. Yo en una noche me leí un tomo de Paul de Koch y al día siguiente estaba malo.

Bitini.—Recuerdo perfectamente aquella noche, señor. Me ha costado después muchos disgustos.

Marqués.—¿Con quién?

Bitini.—Con el padre Camps, cuyas envidias me molestan. Celoso de la confianza con que el marqués me honra, ese cura se permite hacer chirigotas con mi apellido y guasas de mal género á mi costa con el personal de escaleras abajo. Sin ir más lejos, ayer le sorprendí que estaba diciendo al cochero: «El marqués está con su *Belina*. Me parece que el día menos pensado pierde ese la virtud mascotil.»

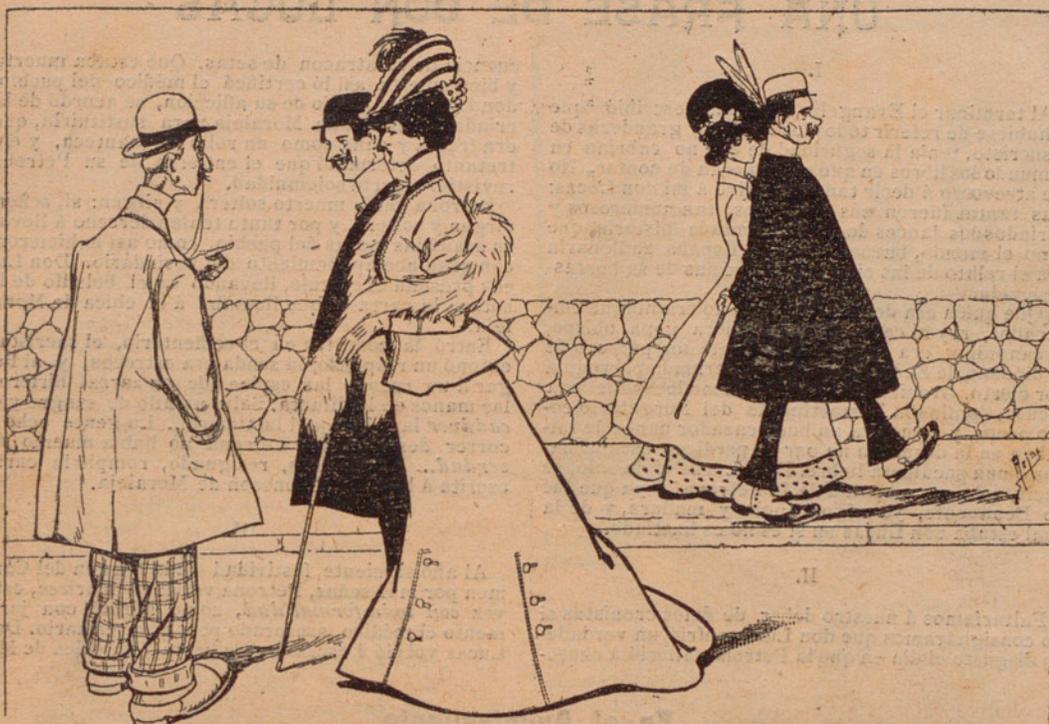
Marqués.—¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡Caramba! ¡Tiene gracia! El chiste es irreverente, pero lo perdono porque no deja de ser ingenioso.

Bitini.—Pero no debe olvidar el señor marqués que...

Marqués.—Ya sabes que no soy meticuloso.

Bitini.—La gente, sin embargo, no lo cree así.

La moda



—¿Pero esta señora, cuyos pies beso, no es tu señora?
 —No; mi señora es aquella que va con aquel y la de aquel es ésta.
 —Y ¿cómo es eso?
 —Porque somos librecambistas. Hay que ir con la corriente.

Marqués.—No hagas caso del vulgo. Mira si yo me preocupo mucho de lo que dicen de mí en el Ayuntamiento.

Bitini.—Es distinto, señor. Usted tiene una posición social; yo no tengo otro patrimonio...

El marqués le interrumpe con una carcajada:
 ---¡Patrimonio! ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡No tiene otro!... ¡Ji!
 ¡ji! ¡ji! ¡Y le llama patrimonio! ¡Ji! ¡ji! ¡ji!

JUAN CANELA.

DE ONCE A UNA

Ir desde el Principal hasta el Liceo,
 pasear Rambla arriba y Rambla abajo
 es agradable, es dulce,
 es cómodo, es higiénico, es barato.

Ahora saludo á un cómico que nunca
 sé yo que haya firmado,
 aunque siempre me anuncia diez contratas
 que le ofrecen en blanco;
 ahora veo pasar á Corominas,
 que, con andar pausado,
 filosófico y grave,
 luce zapatos claros,
 su sombrero flexible,
 sus guantes y su traje bien planchado;
 junto á mí se desliza
 el pobre don Jenaro,
 que, lleno el pecho de cintitas, cruces,
 medallas y rosarios,
 sus piernas perezosamente arrastra;
 despues, un empujon me larga un bárbaro
 que, sin fijarse en mí, sigue adelante;
 me ofrecen diez Diluvios diez muchachos;
 luego noto que cae sobre el sombrero
 un... obsequio de un pájaro,
 el sombrero me quito y mansamente
 me limpio lo que puedo... y sigo andando...

En un kiosco cualquiera veo los monos

que traen los ilustrados;
 si tengo sed, á Canaletas llevo,
 pido un jarabe, sírveme volando,
 con el sabroso néctar me recreo,
 y, es más, ¡hasta lo pago!

Prosigo mi paseo tan tranquilo;
 con uno á quien me encuentro charlo un rato;
 frente á casa de Trilla unos instantes
 en mi andar hago alto,
 por si puedo saber la hora que marca
 aquella esfera de las veinticuatro;
 mas, la verdad, como yo me armo un lío
 con esa novedad que trajo Dato,
 miro el otro reloj, veo que es la una,
 espero por si acaso
 veo algun conocido que me pague
 el *vermouth*... Viendo ya que espero en vano,
 me resigno y me voy á hacer piruetas
 en busca de la ruin sopa de caldo.

Es agradable, es dulce,
 es cómodo, es higiénico, es barato,
 ir desde el Principal hasta el Liceo,
 pasear Rambla arriba y Rambla abajo.

M. JIMENEZ MOYA.

UNA FRASE DE DON LUCAS

I.

Al terminar el Evangelio, San Juan escribió "que si hubiese de referir todos los hechos y grandezas de Jesucristo, tenía la seguridad de que no cabrían en el mundo los libros en que se hubieran de contar". No me atrevo yo á decir tanto relativo á mi don Lucas; mas tantas fueron sus aventuras, tan numerosos y variados los lances de su accidentada historia, que si no el mundo, buena parte de España se llenaría con el relato de las cien mil peripecias de su borrascosa vida.

¿Que quién era don Lucas? Pues no era ningun emperador, rey ni caudillo, ni siquiera papa, obispo, ni canónigo; era pura y llanamente un párroco de la diócesis de Zamora, y de bien mermada parroquia por cierto. Gracias que él sabía sacar leche de una alcuza, dominaba la martingala del Purgatorio como pocos, y como era un buen cazador nunca le faltaban en la despensa un par de perdices, escabechadas ó una suculenta liebre. Don Lucas vivía solo, es decir, solo en compañía de la Petrona, joya que fué de Benavente, ya algo rancia y madura, y de la cual estaba don Lucas un si es no es hastiado...

II.

Faltaríamos á nuestro deber de fieles cronistas si no consignáramos que don Lucas sufrió un verdadero disgusto el día en que la Petrona falleció á conse-

cuencia de un atracón de setas. Que estaba muerta y bien muerta así lo certificó el médico del pueblo; don Lucas, en medio de su aflicción, se acordó de la criada del mesón de Moraleja para sustituirla, que era fresca y sana como un rollo de manteca, y entretanto determinó que el entierro de su Petrona revistiera cierta solemnidad.

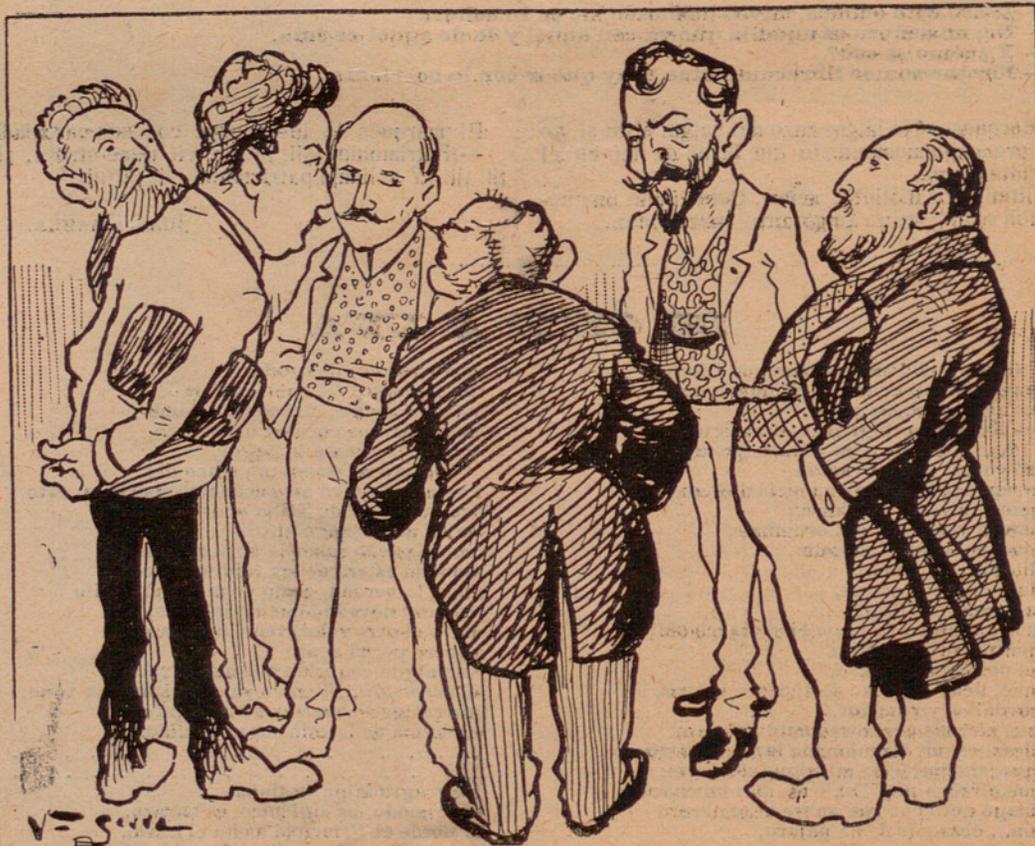
Petrona había muerto soltera y virgen; sí, señor, virgen y soltera, y por tanto tenían derecho á llevar su ataud las mozas del pueblo, como así lo hicieron, con gran acompañamiento del vecindario. Don Lucas presidía el cortejo, llevandó en el bolsillo de la sotana la carta en que llamaba á la chica de Moraleja.

Entró la comitiva en el cementerio, el sacristan entonó un responso; la senda era estrecha, y al llegar á un recodo las espigas de un zarzal hirieron las manos de la difunta. Saltó un hilo de sangre y el cadáver lanzó un ¡ay! lastimero... La gente echó á correr despavorida; Petrona no había muerto de verdad... Don Lucas, resignado, rompió la carta escrita á la chica del mesón de Moraleja.

III.

Al año siguiente, festividad de la Virgen del Carmen por más señas, Petrona volvió á morir, esta vez con toda formalidad, como afirmó con juramento el médico, asesorado por el veterinario. Don Lucas volvió á escribir otra carta á la chica de Mo-

En el Ayuntamiento



—Propongo, señores, que el primer ingreso que haya se dedique á festejar la entrada de nuestros nuevos compañeros con un té.
—¡¡¡Por unanimidad!!!

CANTAR.

Jesús nació entre animales
y ya no los volvíó á ver;
yo los veo á todas horas,
¡esto sí que es padecer!

La Pardo Bazan ha terminado un drama que se titula *Cuesta abajo*.
Será un capítulo de su vida.
Por el que está pasando.

Es hoy la comidilla
de las gentes Pinilla,
y no hay en Barcelona
ciudadano sencillo
que no hable de Pinilla ó de Castillo.
El edil afirmó qué la matrona
á quien tanto respeto
es por fuera gentil, buena jamona,
y por dentro (si yo fuera indiscreto
gustoso lo diría),
por dentro ¡Ave María!
no entraría ni el mismo Paraclito.
Es una falta grave;
mas si el edil lo dijo, es que lo sabe,
y, como varon serio,
penetró la razon de este misterio.
Castillo, en cambio, calla,
sub judice, despues de la batalla,
pues para él la ciudad, noble matrona,
no es ninguna fregona,
que anda, casi desnuda, impunemente
en lenguas de la gènté.

Antonio Castillo, el matador de *Rosita de Oro* ha caído en el garlito.
Pero, como Cecilia Aznar, él mismo se ha metido en la jaula.

Yo creo que lo que se gasta en policía podría entregarse á los asesinos, que son bastante amables para rendirse... á los deseos del público.

Ya no hablan los fieros unionistas de hacer la revolucion en el breve plazo de ocho días.

Ahora piensan hacer una revolucion en las inteligencias. Y, para empezar, recurren al orador Jimenez, que ha debutado en el Consistorio. Y que, en efecto, tiene una elocuencia capaz de sublevar á los más pacíficos, obligándoles á huir para siempre de las sesiones municipales.

En la última sesión debutó también Pinilla, que describió con acentos de sublime elocuencia las necesidades de las barriadas.

Sin duda este muchacho pensó modestamente que no era cosa de tratar de los mundos desconocidos... y se quedó en San Gervasio de Cassolas.

Otra vez irá más lejos, porque es de la madera de los Jimenez.

¡¡Lágrimas de alegría!
¡Vaya una parejita! *La Epoca* y Grilo.
La cursi anciana y el poeta cursi.

Compromisos ineludibles



—Mira que tener que echar dinero... (Felizmente este duro no es muy bueno que digamos).

Valdeiglesias y el poeta de las ermitas.
Llegó un casamiento principesco y Grilo disparó sus cascotes y *La Epoca* los publica, hablando de la pluma de oro...

¿De oro?
¡Pues hace poco que la habría empeñado...!

“Aunque hoy el regio alcázar
brille en su centro
solo yos, reina mía,
llorais por dentro (!);
pero son esas lágrimas
consoladoras...

(¡Ay qué peso te pones
algunas horas!)
que forman en el aire
lluvia escondida...
(Y así es cómo se busca
Grilo la vida.)

Por eso nuestras lágrimas
en este día,
no son de amarga pena;
“¡¡son de alegría!!”

¡Ah! Y les advierto á ustedes que, pasados unos días, Grilo será académico de la Española.

O, si se quiere, una autoridad del habla.
Por lo visto, andamos en eso como en todo: muy bien de autoridades...

Por quien lo siento es por sus compañeros de sillón.

Van á tener que asistir á las sesiones con armadura.

A menos que estén dispuestos á morir de un sa- blazo.





Rompe-cabezas con premio de libros



Este pintor se ha propuesto, al trazar esos cuadros á que ahora da los últimos toques, poner en accion cuatro adagios castellanos. ¿Cuáles son?

CHARADAS

(De Luisa Guarro Mas)

Dedicada á «Segundo Toque»

No sé si es usted *dos tres*,
como ignoro si padece
de algun *primera tercera*
y creo que *total* tiene.

Dedicada á Francisco Masjuan Prats

Tiene usted *prima dos y tres primera*
como todo mortal,
y hallar usted podrá como cualquiera,
insecto en mi *total*.

TARJETA

(De Luisa Guarro Mas)

Catalina Quepas de Mun

Con estos nombres y apellidos fórmese una frase que algunos emplean al hablar de los catalanes.

PROBLEMAS

(De Daniel Herreras de Burgos)

¿Qué número es el que multiplicado por 2, la suma de las cifras de su producto da por resultado un número que multiplicado también por 2 equivale á la mitad del primero de los susodichos números?

(De Santiago Valls Pallejá)

Hallar seis sumandos que den un total de 323. Los sumandos deben constar de dos cifras; ha de haber un 4 en cada sumando.

FRASE EN ACCION



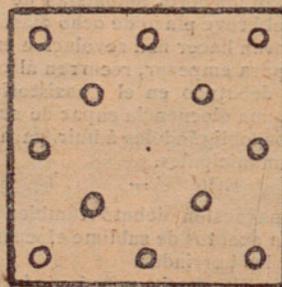
ADIVINANZA

(De Tirso Baldrich Arañó)

Blanco fué mi nacimiento
y verde fué mi niñez,
mi mocedad encarnada
y negra mi madurez.

PROBLEMA GEOMÉTRICO

(De A. Baldrich Espina)



Divídase este cuadrado en cuatro partes iguales de modo que en cada una de ellas queden tres círculos. No se debe cortar ninguno.

COMBINACION

(De X. Fe de la Flor)

APOLO

Si estas cinco letras sabes combinar, una hermosa piedra podrás encontrar.

raleja, y de vez en cuando echaba una mirada es-
cudriñadora á la pobre Petrona, rígida é inmóvil en
su blanco ataud.

El acto del sepelio revistió más solemnidad que el
anterior y el concurso era triplicado.

La comitiva entró en el cementerio, el sacristan
entonó un sonoro responso, y todos penetraron por
la estrecha senda que conducía á la sepultura.

Don Lucas presidía el acto inquieto y nervioso, y
mucho antes de llegar al recodo donde estaba el
famoso zarzal gritó con voz de trueno:

—¡Eh! Cuidado con la zarza, no suceda lo que e
año pasado.

La frase se hizo célebre en toda la comarca, y
aquella vez la chica de Moraleja sí que recibió la
carta de don Lucas.

FRAY GERUNDIO.

CARTA ABIERTA

Que dirige un poeta vil,
residente en Barcelona,
al gobernador civil,
señor duque de Bivona.

Distiguado señor mío
y de todo mi respeto:
Aunque ya la Prensa toda
ha narrado los sucesos
ocurridos entre varios
policías de ambos sexos
por cuestion de competencias,
muy sospechosas por cierto,
permítame Su Excelencia
que yo también meta el remo
y que le saque, á mi modo,
punta al lápiz... de los hechos,
aunque haya quien se disguste
y ponga el grito en el cielo.
Yo no niego que usted sea
un gobernador muy serio,
ni le niego condiciones
de honradez y buen deseo;
pero que sea usted un lince
en ciertos conocimientos
policíaco-pasionales...
¡eso sí que se lo niego!
Y puesto que desconoce
Barcelona y sus misterios,
ahí va, por si le conviene,
la verdad, limpia y sin hueso.
Lo ocurrido entre los guardias
que bautizó García Prieto
y los aquí amamantados
por Tressols y por Memento
tiene su origen en una
sencilla cuestion de celos,
de celos mal reprimidos,
segun dijo el sainetero.
La mujer es... Barcelona
y los pretendientes... ellos:
los del sable á la cintura
y los del garrote tieso.
Como la niña es bonita
y tiene un lastre muy bueno,
es natural que los chicos
traten de sorberla el seso
y de imperar como reyes
en su preciosos veneros,
que diz que son una mina
inagotable por dentro.
Claro está que la pubilla
tan sólo siente por ellos
indiferencia, desvío,
zozobra y hasta desprecio,
pues no la quieren conforme
á los santos mandamientos.
Si cuando no era más que uno
el pretendiente á sus méritos
estaba ya la muchacha
harta de él hasta los pelos,
¿cómo ha de querer á dos
que, si en lo exterior diversos,
son en el fondo uno mismo,
uno y trinó, y no muy bueno?
Por el contrario, á la chica
le pasa, respecto á ellos,

El último empréstito ruso



—Lo importante es sacar dinero. Luego ¡ya veremos quien
paga!

exactamente lo propio
que al mozo del cantar viejo:
*Ni contigo ni sin ti
tienen mis males remedio;
contigo porque me matas
y sin ti porque me muero.*
¿Comprende ahora el señor duque
el por qué de ciertos hechos
ocurridos entre varios
policías de ambos sexos?
Pues ya que conoce el daño

aplique pronto el remedio;
¡mire usted que son atroces
las pasiones y los celos
cuando, firmes é impetuosos,
se arraigan en ciertos pechos!
No se descuide vucencia,
no eche en olvido el consejo,
porque sino esos muchachos
van á rabiarse como perros.
Y si rabian, señor duque...
¡póngase usted en nuestro puesto!

J. PASTOR RUBIRA.

EL VIAJE DEL PEQUEÑO GAB

Desde mis ventanas, y al través del patio, veíale llorar en el fondo del entresuelo que habitaba la familia de Gabrielillo, á quien en la casa llamaban familiarmente el *Pequeño Gab*.

El padre era cortador de un almacén de confecciones, y la madre, debilitada por cinco partos sucesivos y ya muy decaída á los cuarenta y cinco años, se ocupaba en las faenas de la casa, y el tiempo que tenía libre lo dedicaba al cuidado de su salud.

De los cinco hermanos, á los tres mayores los habían colocado fuera; no dormían en la casa más que la hermana, de diez y ocho años, costurera, y el *Pequeño Gab*, que era giboso.

Fruto tardío y á destiempo de uno de tantos matrimonios parisienses, de gentes que han pasado la mitad de su vida en talleres malsanos ó en trastiendas oscuras y mal aireadas, el *Pequeño Gab* era su mamente raquítico.

La desviación de la espina dorsal levantaba sus espaldas hasta el nivel de las orejas; las piernas flojas, se plegaban bajo su cuerpo deprimido y mal equilibrado; no podía andar sino cuando le ponían un aparato ortopédico.

Sobre este busto entablillado y encorvado por delante y por detrás se levantaba una cabeza grande y desarrollada como la de un hidrocefalo, pero con un semblante que tenía una delicadeza exquisita y una expresión punzante muy significada.

Aunque contaba ocho años de edad, por el aspecto de su pobre cuerpo enclenque y raquítico apenas si representaba cinco; se hubiera dicho que tenía veinte años al ver su fisonomía meditabunda, su frente tan pronunciada y sus grandes ojos negros tan tristes y tan precozmente pensativos.

El padre, la madre y la hermana mayor le adoraban á causa de sus modales cariñosos y de su inteligencia extraordinariamente despierta.

El médico había prohibido que le hicieran trabajar; pero para distraerle y para que cambiase de lugar le llevaron á una escuela, donde el niño se limitaba á escuchar gravemente, reteniendo en su memoria todo cuanto oía decir.

Una tarde, al salir de clase, le ví bajo el soportal de la casa y sentado á la puerta de la del conserje; su madre había ido á hacer algun encargo y su hermana no había vuelto aún del obrador; el muchacho, habiendo encontrado la puerta de la habitación cerrada, se recostó contra el muro, teniendo los ojos vueltos con avidez hacia la calle y esperando con gesto reflexivo y dolorosamente resignado.

En tanto que yo le hablaba, sus negras pupilas echaban sobre mí largas miradas observadoras y asustadizas;

en esto llegó la hermana mayor fatigada y jadeante. —¡Ah, mi pobre Gab!—exclamó—. ¡Te he hecho esperar! Te habrás impacientado, ¿eh?

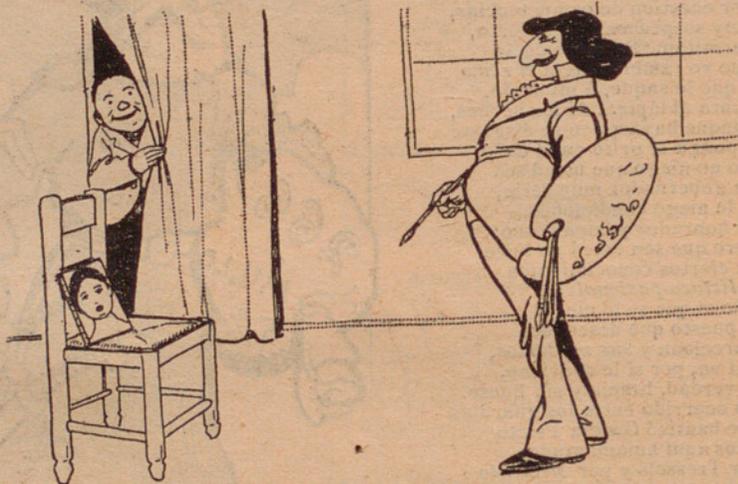
—No—respondió Gab con voz tranquila, clara y sonora—; pensaba únicamente que no me querrías ya y que no volverías nunca... ¡Estoy tan enfermo y soy tan fastidioso!

—¡Ah, mal pensado!—murmuró la joven cubriéndole de besos.

Después, volviéndose hacia mí con los ojos llenos de lágrimas, añadió:

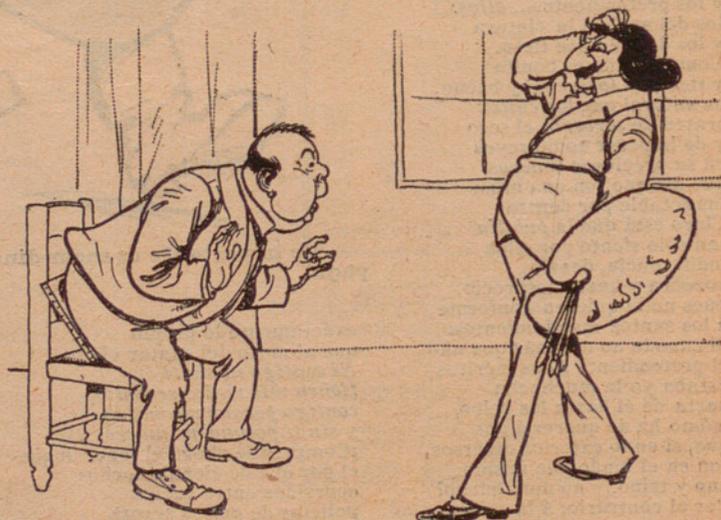
—¡Es tan sentido y tan inteligente!... Razona como una persona mayor. ¡Qué lástima que tenga tan poca salud! El médico dice que si puede ir este verano á Berck, el aire del mar y los baños de playa le curarán probablemente.... ¡Pero Berck está tan lejos!... ¡y hay que hacer tantos gastos! En fin, procuraré ganar lo bastante para llevarle allí.

Lo que hace el amor



1—¿Se puede?

—Adelante, don Serapio, adelante.



2—¿Qué ha hecho usted? ¡Dios mío! ¿Qué hago cuando venga su dueño?

La valerosa joven trabajaba de día y de noche para reunir la suma necesaria.

Se rendía sobre su máquina en fuerza de dobladillar y plegar; cortaba, hilyanaba y cosía sin darse punto de reposo; ya muy avanzada la noche se oía aún el palpitir seco y precipitado de la máquina, semejante al zumbido brusco que hacen las langostas en el campo; detrás de los visillos iluminados por la lámpara se distinguía su silueta laboriosa y se pensaba, involuntariamente, en una de las estrofas de la terrible canción de Thomas Hood:

"Cose, cose, cose, hasta que los ojos se oscurezcan y que no puedan mirar.

Cose, cose, cose, no des paz á la aguja ni á la mano, hasta que caigas dormida sobre las tijeras y cosas como en un sueño.

Cose, cose, cose, á la luz fría y triste de Diciembre.

Cose, cose, cose, cuando el tiempo es abrasador y el cielo azul, mientras á lo largo de los tejados las golondrinas, persiguiéndose, describen grandes círculos y muestran sus plumas resplandecientes al sol, insultándote con su alegre primavera.."

Todos los vecinos conocían la historia del pequeño Gab; las mujeres de los inquilinos confiaban con gusto á la hermana mayor la confección de sus prendas de vestir.

Al pasar, detenían al niño, ya en el descansillo de las escaleras ó bien en el patio, y le acariciaban, le hablaban y le daban golosinas.

Pero el niño, siempre huraño, escapaba á las caricias, y, más inquieto que alegre, meditaba largo tiempo sobre tan súbitas muestras de cariño.

—La señora del tercero—dijo una vez á su hermana con aire pensativo—me da muchos juguetes; ¿por qué me los da, puesto que no me conoce?

Luego, despues de haberlo pensado tranquilamente, añadía con una perspicacia impropia de un niño: —Sin duda es porque soy jorobado.

La labor abundaba y también era cada día mayor el contenido de la hucha colocada en el rincón oscuro de un cajón de la cómoda.

Se aproximaba Julio y dieron principio á los preparativos del viaje; compraron una hermosa maleta de cuero, hicieron un traje al niño, y el pequeño Gab, maravillado, no hablaba de otra cosa á sus compañeros de clase que de su viaje á los baños de mar.

Pero, á última hora, una desgracia vino á trastornarlo todo.

La mujer de un empleado que vivía en el quinto piso encargó á la costurera que arreglase su vestido de boda, ya antiguo, acomodándolo á la última moda.

El vestido había costado mucho dinero y querían volviera á servir para las reuniones del próximo invierno.

Una tarde, jugando con el tintero, Gab le dejó escapar de entre sus descarnados dedos y la tinta fué á caer desgraciadamente sobre el raso de la falda...

¡Ah! no le riñeron; tanta pena causaba ver su rostro consternado.

La hermana ahogó un grito de terror y, silenciosa y nerviosamente, lavó la tela con una esponja y midió la extensión del desastre; la tinta había manchado ocho metros de raso.

Contar la catástrofe á la cliente é implorarle en favor de Gab no había ni que pensarlo.

La mujer del empleado no era rica, y su traje de boda constituía su único recurso para los días de boato y de etiqueta; además la obrera era orgullosa y no se avenía á poner á los vecinos al corriente de sus miserias interiores.

Lo mejor y lo más digno era ir al comercio y buscar tela de raso de la misma clase.

Ocho metros, á tres duros, importaban en total veinticuatro duros; una profunda brecha que había que hacer por necesidad á los fondos destinados para el viaje.

—Esto se acabó; es preciso renunciar á los baños de mar por este año.

Lo que hace el amor



3—Ahí la tiene usted.

—Está lindísima, preciosa; parece ella misma que la han colocado en ese caballete mode, nista.



4 ¡No lo puedo remediar! ¡Toma un beso y cien...!

La costurera abrazó al pequeño Gab y se puso á trabajar de nuevo.

El invierno siguiente se trabajó de firme en el entresuelo.

El otoño había sido lluvioso y la salud de Gab se resintió; le dolían los huesos, padecía accesos de fiebre y fuertes dolores de cabeza.

El médico le auscultó, movió la cabeza é insistió en que enviaran al niño á Berck tan pronto como empezase la primavera.

Esta vez era cosa decidida; costase lo que costara, irtan á los baños de mar á fines del mes de Mayo; y la máquina de coser reanudaba cada día con más precipitación sus zumbidos de langosta, y las veladas se prolongaban hasta hora muy avanzada de la noche.

Compraron al pequeño Gab un álbum de grabados en el que había multitud de marinas; vistas de puertos con sus bosques de mástiles que se prolongaban á lo largo de las murallas de los muelles; peñascos escarpados y rocas azotadas por espumosas olas, y barcos de pescadores esparcidos en lontananza como un grupo de pájaros de blancas alas.

El niño no hablaba más que del mar, le veía en sus sueños y á veces en pleno día á través de la niebla gris que llenaba el patio interior de la casa; tenía enfermiza alucinación de costas batidas por el oleaje y de grandes espacios líquidos cruzados por buques con las velas desplegadas al viento; á veces abarcaba entre sus manos el gran caracol que había sobre la chimenea, le aplicaba á su oído y, con el cuello hundido en las espaldas y los ojos pensativos, escuchaba durante horas enteras el ruido del mar que parecía venir de muy lejos, de muy lejos, á través del caracol...

El invierno fué excepcionalmente húmedo y frío, y no volví á encontrarme con el pequeño Gab en el portal de la casa.

El médico había prohibido en absoluto que le dejaran salir.

De vez en cuando le veía en la ventana, cuyos visillos estaban levantados; sus ojos tristes y hundidos erraban en el vacío y sus dedos descarnados diseñaban en los cristales vagas formas de navíos; de pronto sus miradas se detenían en el sitio en donde yo estaba observándole y, viéndose espionado, tiraba de los visillos de muselina, haciendo un gesto feroz y salvaje.

Hacia mediados de Marzo desapareció de la ventana; sus huesos le hacían sufrir extraordinariamente, sus piernas, demasiado débiles, no podían ya sostenerle y sus dolores de cabeza se redoblaron.

Ahora pasaba los días enteros tendido en su camita, hojeando por la millonésima vez el álbum de estampas, mirando el mar y los grandes navíos de blancas velas.

No había renunciado á la idea de hacer su viaje.

—¿Cuándo partiremos?—preguntaba á su hermana.

Y cuando ésta le contestaba que era necesario esperar el buen tiempo, el niño replicaba con su voz penetrante:

—Es que tengo prisa; quiero curarme pronto, muy pronto, para que no llorés más.

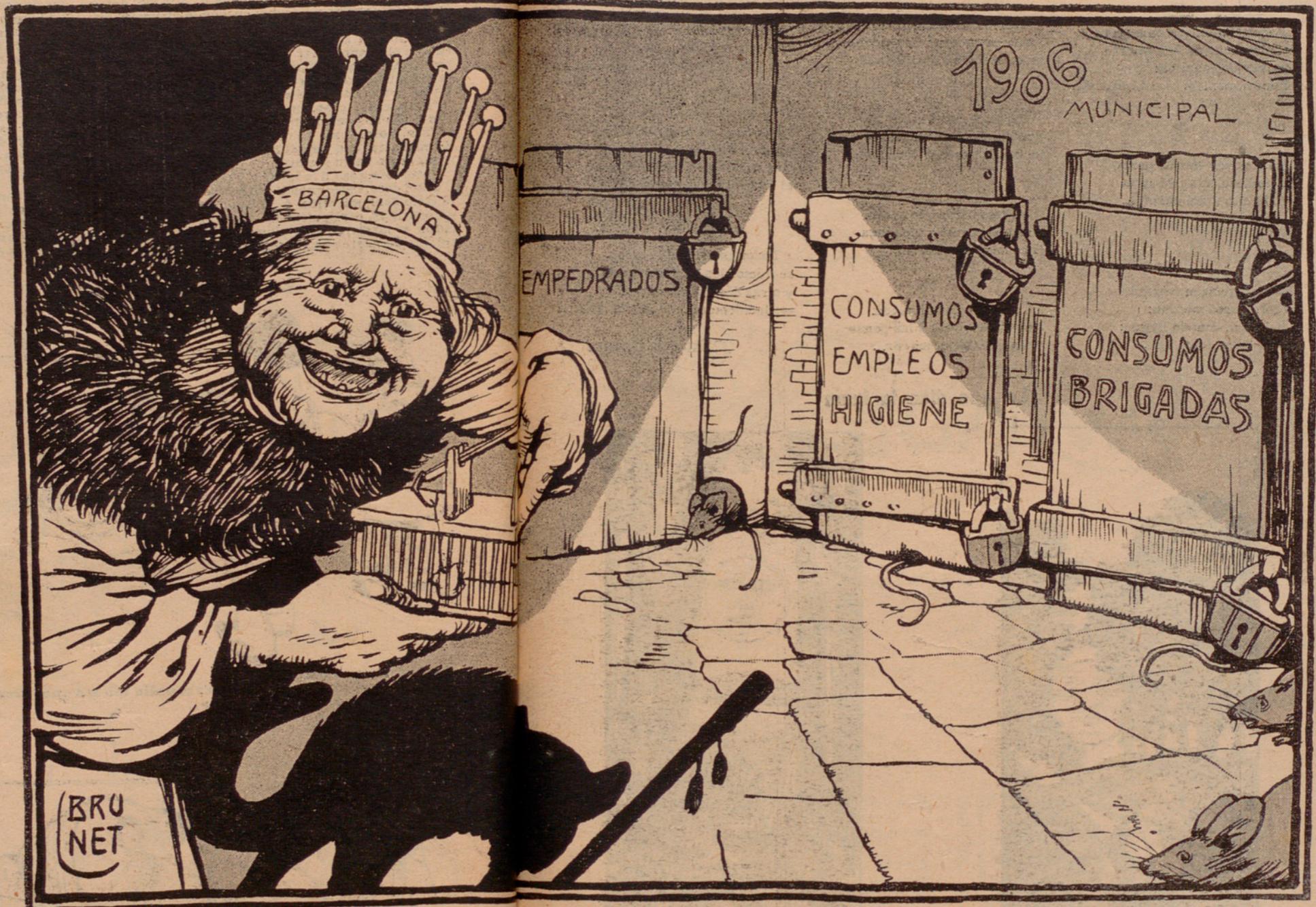
Hacia que le dije an los nombres de las ciudades por donde tenía que pasar, y los aprendió de memo-

ria: primero Chantilly, despues Clermont, Amiens, Abbeville, y, por último, el mar...

—Una vez que estemos allí—dijo—estoy seguro de que mis huesos no me dolerán.

Mientras tanto quiso tener constantemente á su lado el gran caracol rosado que estaba en la chimenea, y con el oído apoyado en las valvas nacaradas escuchaba atentamente el ruido lejano de ese mar que debía libertarle de todas sus miserias.

BARONA PREVENIDA



¡Veremos si coge alguna esta vez...!

Poco antes de las Pascuas de Resurrección dejé de oír el sordo trepidar de la máquina de coser.

Ya no trabajaban en la habitación del entresuelo, y, sin embargo, la luz de un quinqué, dorando una de las ventanas hasta las altas horas de la noche, indicaba que estaban velando constantemente junto á la camita del niño enfermo.

—Está muy grave—me dijo la portera, apretando instintivamente contra sus faldas á un muchacho

mofetudo—. ¡No durará muchos días, no!...; ¡el pobre no tardará en dejar el pellejo!

Una mañana me crucé en el portal con un pequeño ataúd, llevado por dos sepultureros y seguido por la familia...

Era el pequeño Gab, que hacía al fin su viaje hacia el mar insondable de lo desconocido.

ANDRÉS THEURIET.

Cañitas

I

Van doblando las campanas
cuando anuncian un entierro
y parece que repiten:
—Por di...ne...ro, por di...ne...ro...

II

Yo conozco mucha gente
que no despiertan su alma
y viven tan guapamente...

III

Dos alegrías muy grandes
los forasteros me dan:
la primera, cuando llegan;
la otra, cuando se van...

IV

Nuditos en la garganta,
¡cuántas veces te han salvado,
morena de mis entrañas...!

V

Dejadme flores si canto,
que quiero enseñar riendo
lo que yo aprendí llorando...

VI

Ya tengo una pena más.
Hasta el corazón me niega
el consuelo de llorar...

VII

Ya no tengo salvación.
Me voy haciendo á las penas
y esa es la pena mayor...

VIII

No juegues con las palabras,
que son cual bolas de nieve,
que van rodando y se agrandan...

IX

Cuantas veces me abandono
á merced del ideal,
¡cuántas lágrimas me cuesta
el no querer despertar...!

X

Todos en el mundo, todos,
seguimos los mismos pasos,
y oírás decir á los viejos:
—¡Qué demonios de muchachos...!

J. ENRIQUE DOTRES

Lo que dice la Luna



Primero:—¡No vale abusar!

Después: ¡Caracoles! ¡Eso sí que ya no lo paso!
Luego:—... (No queremos que sepan ustedes
lo que dice luego).

EL MATRIMONIO

Ya tiene novia Sempronio,
pero antes de ir al altar
necesita averiguar
que es eso del matrimonio.
Y va y pregunta á un casado:
—¿Qué es el matrimonio, Guido?
—Es una cruz donde ha sido
el hombre siempre clavado.
Pregunta á Abdon su opinion
y con el aire cerril:
—Pues es la guerra civil
del hogar - contesta Abdon.
Como la duda aun le acosa

y la verdad no barrunta,
ve á Ramiro y le pregunta:
—¿Eres feliz con tu esposa?
Mi curiosidad no es vana...
—Tan feliz ruge Ramiro—
que pienso pegarme un tiro
un día de esta semana.
Su desencanto es profundo;
pero, ¡oh dicha! al fin Antonio
le dice que el matrimonio
es lo mejor de este mundo.
—No hay eden como el hogar
ni yugo menos pesado—

añade—que el del casado;
es tan buena mi Pilar
que negarlo fuera injusto
y tan dichosos vivimos
que desde que nos unimos
no ha habido un solo disgusto,
ni una queja, ni un reproche...
—¿Y cuantos años felices
pasasteis así?
—¿Qué dices?
¡Si nos casamos anoche!

CASIMIRO PRIETO



¡AL-GHESU!

Al distinguido truchiman hispano
que habla las lenguas todas,
á ese sér portentoso y soberano
que conoce los mundos y las modas,
reverente saludo.
Bien pudo en Algeciras noblemente
convertirse en un mudo
espectador y grave presidente
de toda aquella gente;
pero si habló sin tino
de Africa, del sultan y del Destino,
al menos dió á los otros la sorpresa
de hablar francés como una vaca inglesa
y el inglés como un duque del Trentino.

Ya sé por qué se celebra en Algeciras la temida
Conferencia.

Esos graves diplomáticos quieren tratar de Africa
en el Africa misma.

Y no atreviéndose á meterse en Tafílete, han elegido
aquella comarca, donde las cabilas tienen un
cierto barniz de hombres modernos... armados del
mauser de Ambrosio.

Lo que le pasa al duque es terrible.

Despues de limpiar á la poblacion de *chic-chichs*
y camareras, se deja olvidado al *apache*.

Pero, en cambio, el *apache* no olvidó que empezaba
el gobierno de Su Excelencia.

El fracaso del drama de doña Emilia Pardo Bazan
Verdad, en el teatro Español, ha tenido otra consecuencia
lamentable.

Que ya no le erigen en la Coruña la estatua proyectada.

¡Esta sí que es una *verdad* terrible, doña Emilia!

El día que se casó la infanta María Teresa se celebraron en Madrid 171 matrimonios. Y conmovido por esto un periódico monárquico exclama:

“¡El entusiasmo por la monarquía está bien hondo en el pueblo!”

No lo crea usted, colega; el entusiasmo era por las *cien pesetas* que el Ayuntamiento otorgó aquel día á todos los que se casaron.

Exceso de peso



—¿No dice aquí que este bulto pesa 33 kilos?
Pues ó yo estoy muy débil ó pesa muchos más.

Presenciando estuve
la última sesión
y echaba de menos
el dulce candor
del probo y honrado
Narciso Buxó;
notaba la falta
de Moles, Nebot,
de Puig el ilustre,
de Marial, Cambo,
de todos aquellos
que fama y honor
dieron al Concejo
con su ilustración,
su elocuencia arre,
batadora, atroz
su saber profundo
y su gran amor
por cuanto agrandase
esta población.

Mas, pasado un rato,
después de escuchar
discusiones largas
como días sin pan,
después de ver cómo
lucían allá
sus rostros de sabio
Oliva, Payá,
Esteve, Jiménez
y otros muchos más,
me dije á mi mismo
satisfecho:—¡Ah!
Estos en la gloria
os sucederán,
estos se harán pronto
dignos de gozar
el crédito y nombre
de los que se van.

Se habló de limpiezas
y tuvo que ver
cómo hombres ilustres
de fama y de prez
allí disertaron.
Y hablaron tan bien
que me convencieron
en un dos por tres.
Y mirando absorto
cuanto pude ver
á un lado y á otro,
entonces pensé:
—¡Todo está muy sucio!
¡Aquí hay que barrer!
¡Qué razón tenía
el que dijo que
*hay que barrer mucho
y hay que barrer bien!*

ACERTIJO:

—¿En qué se parece el du-
que de Bivona á la misa?

—En que no puede existir
sin *Memento*. (Oración para vivos y muertos esen-
cial en la misa.)

Una hermosa idea:

Representantes de algunas Fraternidades de esta
ciudad han pedido á la mayoría republicana del
Ayuntamiento que sustituya el nombre de la calle
de Tantarantana por el otro más expresivo, aunque
tal vez menos melódico, de Alejandro Lerroux.

Y si se llamara á esa calle de la *Revolucion* ¿no
sería preferible?

Modestia aparte, la idea que apuntamos es tan
hermosa como la otra.



Ese quiere suicidarse.
¿No encuentra medio ninguno
de limpiar sin agacharse?
¿Por qué ha de bajarse el tuno?
Señor, ¿por qué ha de bajarse?

Al constituirse la Comisión de reformas, obras ex-
traordinarias y deuda, fué designado para la ponencia
de deuda Jiménez.

¡Qué duros de corazón!
Eso de nombrar la sogá en casa del ahorcado no
está bien...

Un periódico habla de la marquesa de Pinohermoso.

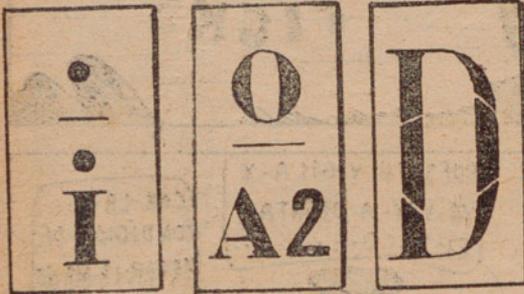
¡Ah! ¿Pero ese título lo pueden usar las señoras?
Parecía que debía ser siempre masculino...
Por aquello de "los nombres propios de varón..."
Con ortografía ó sin ella.

PROBLEMA ARITMÉTICO

Se ha vendido carbon por valor de 7,070'94 pesetas, Siendo 9 pesetas el precio de los 100 kilogramos. ¿cuántos metros cúbicos de madera se han necesitado para obtener el carbon vendido, dado el dato de que cada metro cúbico de madera produce 0'385 metros cúbicos de carbon y que el peso de un metro cúbico de carbon es de 241 kilogramos?

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

(De Luisa Guarro Mas)



ACRÓSTICO

(De Guillermo C. Miquelet)



Sustitúyanse los puntos por letras, de manera que aparezcan en las líneas horizontales nombres de poblaciones pertenecientes á la provincia cuyo nombre leeráse en la línea vertical.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 5 de Enero.)

A LA CHARADA CON PREMIO DE LIBROS

Remitidos

(No se nos ha enviado ninguna solución)

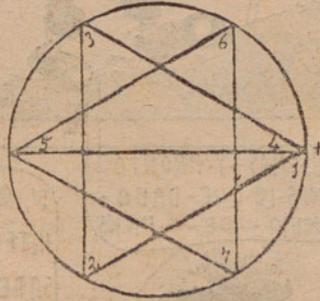
AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Miguel de Cervantes Saavedra.—Alcalá de Henares.—El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.—Francisco de Quevedo Villegas.

AL PROBLEMA ALGEBRAICO

828,772,446,866,981,044,847,857,913,440

AL PROBLEMA



AL JEROGLÍFICO

La miseria asola á las familias y á las naciones

A LA CHARADA RÁPIDA

Salpimentar

Han remitido soluciones.—Al rompe-cabezas con premio de libros: Modesta Martinez, Miguel Ferrer Dalmau, J. Llevat, Luis Mestres Samora, Juan P. de Castro, José Rafols Prat, Juan Rafols, Arturo Pons, Antonio Agulló, Manuel Cáceres, Domingo Vilá y Durán, Francisco Bataña, José Quintana, Higinio García, Jaime Trignon, José Bonafont, José Fernandez, J. Soler, Emilio Gomila, E. Ortega y Antonio Roca Coll. Entre los señores expresados se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

A la charada rápida: José Fernandez, Juan Peris y Teodoro Casadesús.

Al problema: Isabel Montserrat, Vicente Gallen, F. Pineda Roca, José Grogúes, José Bonafont, Santiago Valls Pallejá y José Fernandez.

Al jeroglífico: Antonio Agulló, José Bonafont, José Fernandez y Tomás Perelló.

ANUNCIOS

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Hasta hace poco éramos los españoles tributarios, como de tantos otros artículos, de las diversas marcas de Agua de Colonia que se nos entraban por las fronteras.

Hoy se ha probado que en la nacion sabemos preparar mejores Aguas de Colonia que los franceses, alemanes, rusos é ingleses, con la no despreciable cualidad de que la de nuestros compatriotas nos cuesta mucho menos dinero. Buena prueba de ello es la baja de la importacion y las ventas enormes de la tan renombrada Agua de Colonia de Orive en frascos de batalla y de lujo, como la mejor presentada por los extranjeros. Por 8'50 ptas. 2 litros; por 16 ptas. 4 litros, remite su autor franco todo gasto estaciones.

GRASA Superior
— para —
CARROS

— MARCA —

EL PROGRESO

